Vínculos prohibidos

Vanessa M. P.

Vínculos prohibidos

Copyright © 2024 Vanessa M. Pedrero

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798327654235

A todos aquellos cuyas historias, aunque ocultas en las sombras del submundo, merecen ser contadas.

Los monstruos más temibles son los
que se esconden en nuestras almas
Edgar Allan Poe

Prólogo

Este día quedó grabado en mi memoria como el día que marcó un antes y un después en mi vida. Un escalofrío corrió por mi espalda al presenciar la oscura verdad que ocultaba mi familia. Mi padre era el jefe de una mafia napolitana, ese día cometió un asesinato, mi propio padre, ese fue el desencadenante para huir, el destino me daba igual.

Cogí dinero que mi padre guardaba en la caja fuerte de su despacho, mientras dormían.

Enzo, mi chófer, estaba despierto en el salón y al verme se preocupó.

—¿Te pasa algo Aria?

—Llevame hasta el aeropuerto —le dije suplicando

—No puedo hacer eso Aria, si tu padre se entera me mataría.

El miedo se apoderó de mí de nuevo.

— Por Favor Enzo, mi padre no tiene porque enterarse que fuiste tú quien me llevó.

Al final, después de un rato deliberando, accedió.

Me encontraba camino al aeropuerto, los ecos del disparo aún resonaban en mi mente.

Cuando llegué al aeropuerto, salimos del coche y nos dirigimos hacia el maletero a coger el equipaje, no me dió tiempo a coger mucho solo lo esencial.

Le di las gracias a Enzo y me adentré en el aeropuerto. Me acerqué a una cabina.

—Hola ¿cuál es el viaje más próximo que hay? —le dije a la chica que se encontraba dentro de la cabina.

—¿Cuántos años tienes niña? no deberías viajar sola.

—Por favor, necesito salir de aquí.

La mujer vio el miedo en mis ojos y accedió sin preguntar más

—El próximo vuelo sale en media hora, hacia Mónaco

—Dame el billete, toma aquí tienes el dinero.

Cogí el billete y me dirigí a embarcar en el avión. Mónaco sonaba intrigante a la vez que el terror se apoderaba de mi con solo pensar
la idea de estar sola en otro país que no conocía y otro idioma muy distinto al italiano.

Al cabo de unas horas el avión descendió, anunciando mi llegada al país monegasco. La ansiedad se presentaba en mi pecho mientras pisaba tierras extranjeras.

Al salir del aeropuerto, me encontré con el viento fresco que acariciaba mi rostro, como si la naturaleza misma intentara susurrarme palabras de aliento. La luz de Mónaco destellaba en la distancia, y mis pasos resonaban en el pavimento con una mezcla de determinación y temor. Llamé a un taxi para que me llevara al hotel más cercano.

Salí del taxi, donde aparcó estaba un poco más alejado del hotel pero no mucho, entre calles desconocidas que resonaban con un murmullo en francés, un idioma que se convertiría en la banda sonora por un tiempo.

Entré en el pequeño hotel, el más barato de Mónaco, ya que este país se caracteriza por tener mucho lujo, vi el letrero, “Fairmont, Monte-Carlo”

—Hola señorita, ¿en qué puedo ayudarte? —El recepcionista, de nombre Pierre o eso ponía en el letrero de su uniforme, me dijo con una amable sonrisa.

—Hola ¿tiene alguna habitación individual libre?

—Ahora mismo nos queda una habitación individual, si. Serían 500 euros por noche.

Mis ojos se abrieron como platos, menos mal que traje dinero suficiente.

—Tome.

Cogí mi llave y me dirigí a la habitación, era grande, espaciosa y con una cama de matrimonio.

El suelo de madera crujía suavemente bajo mis pies mientras avanzaba hacia la ventana, que ofrecía una vista de las luces parpadeantes de la ciudad.

Me acosté en la cama, que tenía una un edredón blanco y me puse

a pensar en todo lo que sucedió hoy.

El recuerdo de ver a mi padre apuntar a aquel hombre me revuelve el estómago y me pongo a llorar hasta que me quedo dormida.

Capítulo 1

Aria

Me encontraba en el sofá, en nuestra casa en Nápoles, junto a Marco, mi hermano pequeño. En realidad, su presencia era una de las razones principales por las que había decidido regresar hace 7 años. La luz del atardecer se colaba por las cortinas entreabiertas. Marco era luz en mi vida.

Lo observé con ternura, recordando cómo lo sostuve en mis brazos cuando era apenas era un bebé. Verlo crecer y ser testigo de su desarrollo era un regalo que no estaba dispuesta a perder.

—Recuerdo cuando naciste, Marco —le dije con una sonrisa mientras él jugaba con un juguete entre sus manos. Su risa resonó en la habitación, llenándola de alegría.

—¡Aariaa! —Mi padre me llamó desde su despacho.

Llamé a la puerta y oí un pasa.

—Hola papá.

—Hola Aria, tenemos que hablar. Tengo una misión para ti.

El día que volví a pisar Italia, mi padre se cabreó tanto por haber desaparecido que me castigó con años de entrenamiento físico y manejo de armas. Básicamente me entrenó para ser una de ellos.

Me volví una persona fría y oscura que solo le importaba complacer a su padre. Pero estaba harta.

—¿Qué misión?

Saca unos papeles del cajón de su escritorio y los pone encima de la mesa para mostrarlos.

—Este es Giorgio Martinelli, líder de otra mafia rival —explicó, señalando las fotografías y documentos esparcidos sobre la mesa–. Nos ha estado causando problemas últimamente. Nuestra misión es neutralizarlo de una vez por todas.

El nombre de Giorgio Martinelli resonaba en mi mente como una campana amenazante. Había escuchado rumores sobre él y su implacable control sobre las calles de la ciudad. Sabía que enfrentarse a él no sería tarea fácil.

Tomé uno de los papeles y examiné las imágenes con detenimiento. Giorgio era una figura imponente, con una mirada fría y calculadora que revelaba su determinación y astucia.

—Entendido —respondí, devolviendo la mirada a mi padre—. ¿Cuál es el plan?

Mi padre sacó otra ficha, esta vez sacó un documento en el que aparecía un chico aparentemente de mi edad, parecía alto, figura atlética, cabello castaño oscuro con rizos cayendo por su frente y unos ojos intensos verdes.

—Este es su hijo, Lando Martinelli —anunció mi padre con precaución, dejando que las palabras flotaran en el aire como una amenaza latente.

El nombre resonó en mi mente como un eco en mi mente Lando Martinelli, el hijo del hombre al que estábamos destinados a enfrentarnos.

—¿Qué sabemos sobre él? —pregunté, tratando de ocultar el

nerviosismo que burbujeaba bajo la superficie de mi voz.
Mi padre me miró con seriedad antes de responder, sus palabras resonaron con un peso que no podía ignorar.
—Vas a ganarte su confianza, me da igual lo que hagas, solo ganatelo, enamóralo si hace falta, necesito todo lo que esconde ese figlio di puttana.
La idea me aterrorizaba pero asentí con un nudo en mi garganta amenazaba con ahogarme.
Salí de su despacho con un sentimiento amargo, mi padre y se que nunca me haría daño o eso pensaba.



Lando

El sonido de las olas rompiendo los acantilados resonaban en mis oídos mientras me encontraba de pie en el borde del precipicio, observando el mar extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. El viento fresco me azotaba el rostro, llevándose consigo el peso de las preocupaciones y los secretos que me atormentaban.
Desde lo alto de aquel lugar, podía ver la ciudad extendiéndose a lo lejos, con sus luces titilantes y sus sombras danzando entre los callejones estrechos y oscuros.
Nápoles, mi hogar, un laberinto de secretos y peligros, un lugar

donde la lealtad y la traición se entrelazan en un baile mortal.

Cerré los ojos por un momento, dejando que la brisa salada acaricia mi piel, dejando que la calma del mar me envolviera en su abrazo.

Con un suspiro me aparté del borde del precipicio, y entonces la vi aquella chica que cambiaría todos mis esquemas que desafiaría todas mis expectativas y me llevaría por caminos que nunca antes había explorado.

Capítulo 2

Aria

Cogí el coche y me dirigí al acantilado. Necesitaba alejarme, despejar mi mente después de tanta información abrumadora. El rugido del motor y el susurro del viento eran como un calmante para mis pensamientos enredados mientras recorría la carretera solitaria.

Las luces de la ciudad se desvanecía lentamente a medida que me metía en la oscuridad de la noche. Puse la radio y sonaba una canción que me encantaba “zitti e buoni” de Maneskin un grupo que me encantaba.

Llegué al acantilado, aparqué el Audi en un sitio apartado. Y me dirigí a mi refugio personal, siempre iba allí cuando necesitaba respirar y estar sola, un lugar donde podía ser yo misma sin que nadie me dijese lo que tenía o no tenía que hacer. Ser quien era podría llegar a ser agotador.

Escuché pasos detrás de mí, mi cuerpo se tensó automáticamente, me puse alerta. Mís músculos se prepararon para atacar a lo que

sea que se encuentre detrás de mí. Pero cuando estaba apunto de echarme encima una fuerza me neutralizó, sujetándome con fuerza por los brazos.

Me quedé helada cuando ví quién era, no podía creer que él estuviera justo aquí en mi sitio, mi lugar.

El maldito Lando Martinelli.

La atmósfera se cargó de tensión cuando Lando abrió la boca.

—Quieta fiera- dijo con una sonrisa y mi sangre hervía de frustración.

La voz de mi padre sonaba en mi cabeza “tienes que enamorar al hijo de Martinelli” “haz lo que sea pero hazlo, cueste lo que cueste”.

—Me has asustado idiota —le dije sintiendo la rabia acumulada en cada palabra.

Lando soltó una risa que provocó un torrente de ira en mi interior. Su actitud arrogante me hacía querer partirle la cara.

—¿Cómo te llamas *cara*? —me preguntó con esa típica expresión italiana que intentaba ser encantadora pero solo lograba enfadarme más.

—Acaso te importa —respondí, manteniendo mi distancia y mi frialdad.

—Claro que importa saber el nombre de mi atacante —dijo con una sonrisa que me hizo apretar los puños con fuerza.

La tensión entre nosotros era palpable, un choque de voluntades

y egos que amenazaban con estallar en cualquier momento.

Pero en medio de la tormenta de emociones, supe que esta confrontación era solo el comienzo de algo mucho más grande.

—Yo soy Lando —me extendió una mano para que se la estrechase.

—Andrea —le dije el nombre de la nueva identidad que mi padre me había dado para no levantar sospechas de sus intenciones.

—Bonito nombre —dijo con una sonrisa.

Para que mentir, Lando era muy guapo y esa sonrisa era la prueba de ello.

Nos quedamos un rato en silencio mirando las olas romperse con el muro.

—¿Sabes? Cuando entré en mi adolescencia solía venir aquí cuando me peleaba con mis padres, es un lugar que de alguna manera relaja.

Mientras él hablaba, me dí cuenta que algo teníamos en común, este lugar era nuestro lugar seguro.

—Yo suelo venir siempre que intento desconectar.

Me sobresalté cuando sonó un móvil, su móvil.

Se aparta de mí y empieza a hablar. Cuando cuelga se vuelve a acercar a mí.

—Me tengo que marchar *cara*.

Dicho eso, le ví coger su moto y marcharse. Acto seguido fuí a por mi coche y también salí de allí.

Me dispuse a conducir hacia mi casa, el paisaje parecía que se difuminaba.

Miré el reloj del coche, marcaba las 8pm, no era tan tarde como me imaginaba.

Llego a casa y mi padre se encuentra en la mesa del salón con un hombre que no conocía.

—Aria, acércate por favor.

Fui hasta la mesa y se levantaron.

—Este es Gabriel Roamno, es el heredero del Grupo Romano. Uno de los hombres de negocios más poderosos del país.

Gabriel me fue a dar dos besos pero me anticipé y le estreché la mano. Mi madre, Isabella, que nos observaba desde el sofá, me miró de mala manera, la ignoré.

—Encantado Aria, tu padre me dijo tu misión para atrapar al idiota de Martinelli.

Entonces al decirme eso, caí en la cuenta de que no era un simple hombre de negocios era otro capo de la mafia.

—Igualmente, señor Romano —le sonreí falsamente.

—Oh por favor niña, llámame Gabriel.

—Se quedará a cenar —intervino mi padre.

Genial, otro más en la mesa.

—Ve a cambiarte y ponerte algo más decente —dijo mi madre.

—Pero así estoy más cómoda.

—Aria no me rechistes.

Puse los ojos en blanco y subí a mi habitación me quité el chándal que llevaba puesto y me puse un jersey un poco más elegante y unos vaqueros grises, me deshice la coleta y me pinté los labios de rojo.

La velada transcurría como una partida de ajedrez en la que todos eran maestros, excepto yo, que más me sentía como un peón avanzando cautelosamente por un tablero minado. En cada bocado que llevaba a mi boca, saboreaba no solo la exquisitez de los platillos preparado por manos que no conocían más receta que la de complacer, sino también el amargo condimento de la intriga familiar, ese que ya no me era ajeno.

La conversación flotaba sobre temas tan suaves y peligrosos como la seda cortante. Mi padre, con su voz que más parecía un trato que un simple comentario, marcaba el ritmo de intercambio de palabras.

Y Gabriel, ah, él danzaba con esa cadencia que solo tienen aquellos que se mueven entre sombras y poder, vestidos siempre con el traje de la respetabilidad.

Al otro lado de la mesa, mi madre jugaba su papel de directora de orquesta social, manteniendo a todos en armonía con miradas y comentarios filosos como navajas.

Y entonces estaba yo, Aria, el alma libre atrapada en una jaula dorada, vestida con un atuendo que se suponía elevar mi status a "apropiada" para la ocasión. Mientras el lápiz rojo que deslicé

por mis labios parecía más un grito de rebeldía que un toque de elegancia.
Las horas se estiraron como un chicle bajo el ardiente sol de verano, con la diferencia de que esto no tenía el dulce sabor de la libertad.
La notificación de mi móvil al recibir el mensaje de Alice fue el chasquido de dedos que rompe un trance
Leí mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro. Alice, o más bien mi bote salvavidas en un mar de absurdos desafíos familiares.

Ey Ari ¿qué tal? ¿te apetece
ir el viernes al centro comercial?

Claro Ali me
encantaría,
todo
con salir de esta casa.

Oye ¿estás bien?

Bueno quitando que mi familia me ve como un negocio, que han traído a cenar a otro tipo igual de mierda que ellos, pues si estoy bien.

¿Qué te pidieron esta vez?

Enamorar al hijo del
jefe de la mafia
rival. Conseguir información

Ari… no se que decirte cielo.
Ali no hace falta que digas nada, gracias
por escribirme necesitaba despejarme
un momento con alguien.
Para cualquier cosa Aria,
sabes que estoy aquí pase lo que pase.
Lo se.

Alice, es mi mejor amiga desde la infancia, era esa clase de persona que necesitabas en tu vida.

—Bueno Aria, me dijo tu padre que estudiaste derecho —Gabriel me sacó de mis pensamientos.

— Sí —respondí sin ganas ninguna.

Mi padre literalmente me obligó a estudiarlo por si algún día lo detenían para poder defenderlo.

—Mi hijo estudió finanzas, ya sabes para que me ayude con las cuentas, su nombre es Enrico.

—Tráele algún día a casa Gabriel así lo conocemos —Mi madre tan comprometida como siempre.

—Claro, que os parece si mañana os invito a cenar en “Tamden” mejor

“Tamden” era un restaurante de Nápoles, de los más caros de la ciudad.

—Nos parece una gran idea, ¿a que sí? Aria.

—Sí papá.

—Genial allí nos vemos.

Gabriel se despidió de nosotros y se marchó. Subí a mi habitación
y me puse el pijama.

Puse el móvil a cargar y me metí entre las sábanas, mis pensamientos se mezclaban como un lío en mi cabeza. Lando con su sonrisa misteriosa, mi padre y sus secretos oscuros y Gabriel, el recuerdo de su nombre aún fresco en mi mente. La habitación estaba en silencio, pero dentro de mí había un torbellino de emociones que me mantenía despierta. Conseguí dormirme por fin. La alarma del móvil sonó, me levanté de la cama muy cansada y me fui al baño. Me puse un chándal y me recogí el pelo en un moño despeinado y bajé a desayunar.
Allí abajo solo estaba Mattia, mi hermano mayor.

No teníamos muy buena relación digamos.

—Hola buenos días –me habló secamente.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté con confusión.

—Salieron.

Me callé y no dije nada.

Me dirigí hacia la cocina, cogí una taza y me preparé un café cargadito. Lo necesitaba para afrontar el día.

—Aria —Mattia me llamó desde el sofá del salón.

—Dime.

—La misión que te encargó papá es muy importante para él, no la cagues.

—¿Por qué iba a cagarla? —me estaba empezando a cabrear.

—No sé, Aria. Tú solo asegúrate de seguir las órdenes al pie de la letra —respondió, su tono cargado de preocupación.

Mis manos se apretaron en puños mientras luchaba contra las oleadas de emociones que amenazaban con salir. ¿Por qué siempre tenía que ser yo quien llevara el peso de las expectativas de papá? ¿Por qué siempre me veían como un peón en su juego?

—Lo sé, Mattia —tratando de controlar mi frustración–. Haré lo que se espera de mí.

Con eso, me dí la vuelta y me fuí a la cocina, dejando a Mattia con sus pensamientos.

Terminé de desayunar y me apetecía salir a correr. Cogí mis cascos y me dirigí a la puerta.

—¿A dónde vas? —Mattia me interceptó.

—Voy a salir a correr un rato —respondo de mal humor.

—No deberías salir hasta que no vengan nuestros padres. —¿Y

eso por qué?- pregunté, sintiendo mi frustración aumentar ante la sugerencia de Mattia. La sensación de estar siendo vigilada y controlada constantemente me resultaba agobiante.

Mattia suspiró, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para explicarse. Sus ojos reflejaban una preocupación genuina mientras trataba de transmitirme su punto de vista.

—Nuestros padres están organizando una reunión importante esta mañana —comenzó a explicar, su tono más calmado—. No sé exactamente de qué se trata, pero parecen bastante nerviosos al respecto. No quieren que estemos fuera cuando lleguen.

Su explicación me hizo reflexionar por un momento.

¿Qué tipo de reunión importante sería esa? Y más importante aún, ¿por qué no nos habían informado al respecto? La sensación de intriga comenzó a mezclarse con mi irritación.

—Está bien- respondí resignándome a la situación —Supongo que esperaré aquí entonces.

Con un suspiro, dejé mis cascos sobre la mesa y me senté en el sofá.

Al cabo de una hora mi hermano me llamó.

—Aria, vienen pronto estate preparada por favor.

Asentí en silencio, sintiendo la tensión aumentar en el ambiente mientras me preparaba mentalmente para lo que estaba a punto de suceder.

Subí rápidamente a mi habitación. Abrí mi armario y elegí rápidamente la ropa que me pondría, optando por un top blanco que transmitiera cierta serenidad, un pantalón de traje para reflejar determinación y una chaqueta negra que simbolizaría mi firmeza. Las zapatillas blancas, cómodas y versátiles, completaría mi outfit.

Sin perder un segundo, me dirigí al baño y me metí en la ducha. El agua caliente corría mi piel, disipando la tensión acumulada y preparándome para lo que vendría a continuación. Cerré los ojos por un momento, permitiéndome un breve instante de tranquilidad.

Después comencé a prepararme, me puse un poco de maquillaje y me pinté los labios de rojo.

Alguien llamó a la puerta, fuí a abrir era mi madre.

—¿Estás lista? —preguntó mirándome de arriba a abajo con aprobación.

Asentí con firmeza, tratando de mantener la calma a pesar del torbellino de emociones que me embargaba.

Abajo, en el salón, había más de 30 personas todos vestidos de traje y ellas con vestidos elegantes.

Eran las dos de la tarde, mi padre me explicó que esta reunión era para hacer negocios, básicamente para su propio beneficio.

Los camareros que contrató mi padre para la ocasión pasaban de un lado a otro con copas de champán y comida. Yo estaba con mi madre de un lado para otro, me quería presentar a todo el mundo y yo ya estaba cansada de sonreír tanto falsamente.

Alrededor de las cuatro la gente, empezó a marcharse, y yo me sentí aliviada de que las conversaciones sobre dinero, drogas y asesinatos finalmente llegaran a su fin.

Estaba harta de este mundo de intriga y peligro que mi padre había construido a nuestro alrededor.

Me sentí atrapada en un juego del que no quería ser parte, pero sabía que no tenía otra opción.

Llegó la noche, noche en la que saldríamos a cenar con los Romano.

Llevé a la cena la misma ropa que me puse para recibir a los invitados de mi padre, mi madre no lo aceptó porque quería que me pusiera un vestido elegante pero me negué y al final cedió de mala gana.

Estábamos en el coche, me senté en el medio a mi izquierda tenía a mi madre y a mi derecha a Marco, Mattia se sentó delante de mi padre.

Por fín llegamos al restaurante.

—Buenas noches, en que puedo ayudarles —dijo un camarero cuando entramos.

—Teníamos reserva para 7 personas a nombre de Gabriel —respondió mi padre.

—Por supuesto les están esperando.

Caminamos siguiendo al camarero y nos encontramos con Gabriel

y su hijo que por su cara tenía las mismas ganas que yo de estar ahí. Era un chico alto, rubio con ojos grisáceos y con un poco de barba.

—Hola Antonio —Gabriel le dió la mano a mi padre y luego se dirigió a nosotros—. Este es mi hijo Enrico.

—Hola —dijo él con una sonrisa que se la noté falsa.

—Aria, siéntate al lado de Enrico —indicó Gabriel, señalando el asiento junto a su hijo.

Yo a regañadientes le hice caso y me senté a la derecha de Enrico.

Mientras nuestros padres hablaban, Enrico y yo no intercambiamos palabra alguna, no me esperé que fuera él quien rompiera el
silencio.

—Conozco a Antonio desde hace 10 años, nunca supe que tenía una hija hasta ayer.

—Estuve fuera un tiempo.

—¿Por tema de estudios u otra cosa? —preguntó de forma curiosa.

—Problemas personales, no me apetece hablar de ello ahora.

—¿Por tu padre verdad? –preguntó, captando la esencia de la situación con una precisión que me sorprendió.

El tono de Enrico era suave pero perspicaz, como si hubiera captado algo más profundo detrás de sus palabras. Sus ojos reflejaban comprensión y empatía.

Asentí con cautela, sorprendida de que Enrico hubiera llegado tan cerca de la verdad en tan poco tiempo.

—Yo también me fuí de casa, hace dos años no aguanté más y estallé contra mi padre.

—¿Por qué volviste? —-pregunté con cautela.

—Me quedé sin dinero y con el trabajo que tenía no me podía permitir pagar el piso.

—Entiendo, yo me largué con 16 años, acababa de descubrir a lo que se dedicaba mi padre, lo pillé matando a alguien. Cogí dinero de la caja fuerte y me fui en el primer avión que salió.

—¿Cuál fue tu destino?

—Mónaco —respondí recordando mi estancia allí.

—¿Por qué volviste? —me devolvió la pregunta.

—Nació mi hermano pequeño.

—Buena motivación para volver.

— Sí —le dediqué una sonrisa.

—Bueno chicos tras pensar mucho en esto, para que los dos asentéis la cabeza- nos interrumpió Gabriel—. Antonio, quiero pedir la mano de Aria para mi hijo.

—¿QUÉ? —Enrico y yo gritamos al unísono.

Capítulo 3

Aria

No podía creer lo que escuchaba mis oídos, y mi padre por supuesto que dijo que sí. Enrico a mi lado se removió incómodo y le dijo a su padre que salieran un momento a hablar.

—Papá si me caso nuestro plan se va a la mierda —dije sin dar crédito.

—No porque así no levantarás sospecha, solo hay un cambio no lo enamores gánate su confianza siendo su amigo —dijo con tranquilidad—. Enrico no debe saber nada de tu misión.

Asentí con determinación justo cuando Enrico y Gabriel entraron.

—Está decidido entonces, os casaréis el mes que viene. No hay porqué alargar la cosa —soltó Gabriel con una carcajada.

Mis ganas de llorar aumentaron, tuve que forzar una sonrisa ante ellos.

Ni Enrico ni yo volvimos a hablar, había una tensión palpable, no por nosotros, sino por lo que nuestras familias acababan de decidir por nosotros.

Llegó la hora de marcharnos.

—Aria ¿me puedes dar tu número de teléfono? —dijo Enrico un tanto serio.

—Sí claro, no veo porque no.

Llegamos a casa, no quería hablar con nadie, habían tomado una decisión que era mía y me sentía mal, muy mal. Claro que me gustaría casarme, pero con alguien que yo eligiera, alguien con quien compartiera una conexión de verdad y no un matrimonio de conveniencia.

Cerré la puerta de mi habitación con un suspiro pesado, dejando que la realidad de la situación se asentará sobre mis hombros.

Mis pensamientos eran un torbellino de emociones encontradas: frustración, ira, tristeza.
Me desvestí y desmaquillé me puse el pijama y me metí en la cama, lloré por supuesto que lloré. Sonó mi móvil con una notificación.
Un mensaje de un número desconocido.

Hola Aria, soy Enrico.

Ah hola

Enrico

Solo quería saber como estabas,
porque yo verdaderamente no me lo esperaba.

Estoy igual, es una mierda

todo

Y que lo digas.

Buenas noches Enrico

Buenas noches.